

Van Morrison: en el calor de la noche

El músico dedicó 90 minutos que supieron a poco a un público ávido

JUAN JESÚS GARCÍA • GRANADA

Con todo el aforo útil vendido de antemano como no podía ser de otra manera, Mr. Van Morrison se dejó seducir por fin por el público granadino tras un largo romance unidireccional de varios años. Recibido con una pancarta de bienvenida tamaño sábana, evidencia de las ganas que se le tenían, Van The Man no se permitió excesivos agradecimientos ante tan calurosa acogida: 90 minutos de reloj y un breve 'Gloria' de despedida camino ya del hotel.

Comparando con otras visitas a las cercanías, Morrison ofreció un concierto mucho menos extrovertido que en el Womad y mejor dispuesto que en su última visita a Málaga (la anterior al Cervantes fue antológica). Su oferta prescinde de acompañamientos de choque y persigue una ambientación de Club, con acompañamiento swingueante, ajustado, contenido eminentemente blusero, volumen moderado y considerable sobriedad. Un concierto negro, húmedo y caliente que saca partido del deseo del público, sin apabullar ni técnica ni instrumentalmente.

Acompañado por un septeto en el que los vientos tienen preferencia, sobre todo en reparto de saxo tenor y barítono (a veces ejerciendo de tuba este último) y trompeta (con ocasionales arreglos para clarinete, flauta y fliscornio), el trío de bronce sigue siendo, junto con el órgano Hammond, el sustento sonoro de su música. En cuanto al organista fue fácil echar de menos el ataque firme, y el temblor noctámbulo del B-3 en manos de Georgie Fame ante el clasicismo parroquial del músico presente, no se sabe si ajustado al guión por el director de reparto o por características propias.

Tras las obligadas introducciones de la banda en tono Shuffle y Nueva Orleans, Mr. Van Morrison hizo su tradicional aparición uniéndose a la sección de metales sobre el habitual *Did Ye Get Healed*. Serio como el sólo, bajo el obligado sombrero y vestido de negro con reflejos, el señor Morrison planteó un concierto más al gusto de los oídos de blues que de los seguidores de sus éxitos, a los que gratificó apenas con el *Jackie Wilson said, Brown eyed girl, Bright side of the road*, una *Gloria* ¿rápida de compromiso? y la perla del concierto: la emotiva versión del dylaniano *It's all over now baby blue*. Entre el grueso de la parte ortodoxa se pudo escuchar su estilista *Back on the top*, el clásico de M. Waters *Long distance call, Ain't That loving you baby* y el original de Mose Allison *Dont worry about thing* entre otros estándares.

Perfecto de voz

Perfecto de voz y registro el maestro mantuvo a raya a sus compañeros dirigiendo el tráfico de instrumentos con escuetos y drásticos movimientos de mano, sin dejar mucho espacio entre el sonido de grupo a lucimientos personales por encima del trabajo de bloque. Sus bajadas de tono y sus



JUAN ORTIZ

Morrison estuvo perfecto en voz y registro.

locuaces blues recitados, en algunos casos afectados hasta la irritación impostada, son parte de la expresividad marca de la casa que dan carácter a sus interpretaciones, siempre vivas y mutantes: *Bright...* pasó del semireggae original casi al ska, su *Gloria* sonó cortada a la navaja o un *Healing Game* camino del gospel. Algo normal en un personaje que salta del skiffle al soul, del gospel al country o de la música irlandesa al blues en cada registro. Quedó la curiosidad de escuchar la versión 2001 de *Moondance*, un tema que no ha grabado dos veces igual y que el Womad sí interpretó, aunque nos queda el consuelo de la adaptación de Georgie Fame en

el pasado festival de Jazz. Pero son tantísimas las canciones que no caben en hora y media que siempre acudir a Morrison es frustrante por las ausencias.

Como los grandes maestros del ramo (recuérdese la actuación de B.B.King en la Plaza de toros) la gráfica de su concierto es ondulante, apoyándose en las inercias de los tiempos, con entradas de órgano a tumba abierta y quiebros en los momentos más álgidos capaces de dar vértigo, único recurso estratégico en un concierto ganado de antemano por el deseo convertido en bien alimentada ansiedad. Como decía el cartel: Come Back to Granada, Mr. Morrison.